

¿Latinoamérica ha empezado a liberarse del control de las grandes potencias? ¿La VI Cumbre de las Américas es prueba de ello?

PABLO CASILLAS HERRERA

¡Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

JOSÉ MARTÍ

■ **¿Qué circunstancias permiten que América Latina se libere o se aleje de la influencia estadounidense?**

La VI Cumbre de las Américas del mes de abril pasado en Cartagena, Colombia, fue un acontecimiento de gran relevancia. Hay tres razones principales: El caso de la inclusión de Cuba en las Cumbre de las Américas; la despenalización y legalización de la droga y la devolución de las Malvinas a su original dueño, Argentina, las cuales fueron desposeídas por Inglaterra en 1833.

Fueron un tema no menor, pues constituye, suponemos, un cambio en el equilibrio de geopolítica en América Latina. De ser cierto esto, entonces ¿Ha iniciado un nuevo rol preponderante y hegemónico en América Latina para los latinoamericanos?

La no declaración conjunta de la Cumbre es una manifestación, posiblemente, de ello. Al negarse los Estados Unidos y Canadá de firmar la propuesta de la Alba de invitar a Cuba, llevada a borrador de la declaración final de la cumbre, según fuentes diplomáticas cercanas a la negociación, pero no avalada por la delegación estadounidense.

¿Son suficientes las razones que se esgrimen en el sentido de que la “Cumbre muestra en qué medida se ha desvanecido la influencia estadounidense”?

La Cumbre terminó sin acuerdos políticos debido a la oposición de Estados Unidos a esos asuntos: a una política de despenalización de la droga, a la proscripción de Cuba y la negación de la soberanía de las Malvinas.

El continuo obstructionismo estadounidense bien podría conducir al desplazamiento de la Organización de Estados Americanos por la recientemente formada Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, de la cual se excluye a Estados Unidos y Canadá.

La Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) anunció que

ninguno de sus siete miembros participará en el futuro en una Cumbre de las Américas si Cuba sigue siendo rechazada por Estados Unidos y Canadá, al tiempo que el Partido Independentista Puertorriqueño consideró “vergonzosa” la ausencia de Puerto Rico en la reunión de jefes de Estado y de gobierno de América, a causa “de la mezquindad de los defensores del colonialismo y los intereses” de Washington. Asimismo, Rafael Correa de Ecuador, Chávez de Venezuela, Mauricio Funes de El Salvador, y Ortega de Nicaragua no asistieron a la Cumbre como una manifestación de congruencia a la declaración del ALBA y repudio al no incluir a Cuba.

En la Cumbre de Cartagena, la guerra contra el narcotráfico se convirtió en tema clave en la iniciativa del recién elegido presidente guatemalteco general Pérez Molina. Se le unieron el anfitrión de la cumbre, el presidente colombiano Juan Manuel Santos y otros.

La preocupación no es nada nuevo. Hace tres años, la Comisión Latinoamericana sobre Drogas y Democracia publicó un informe sobre la guerra contra las drogas elaborado por los ex presidentes Fernando Henrique Cardoso de Brasil, Ernesto Zedillo de México y César Gaviria de Colombia, el cual pedía la despenalización de la marihuana y abordar el uso de drogas como un problema de salud pública.

En este tema ha habido diversas investigaciones, incluyendo un estudio de 1994 de la Rand Corporation con una fuerte influencia, que han mostrado que la prevención y el tratamiento son considerablemente más efectivos en costos que las medidas coercitivas que reciben la mayor parte del financiamiento. Esas medidas no punitivas también son, por supuesto, mucho más compasivas.

Luego de la caída de la Unión Soviética, Washington debió fabricar un “enemigo estratégico” para seguir forzando la militarización de las relaciones internacionales, como una estrategia de legitimación de intervencionismo. El tráfico de drogas ilegales cumplió con esa función durante un tiempo, pese a que nunca fue creíble porque no incluyó la reducción del consumo en los países del norte, los grandes consumidores de drogas ilegales.

Ahora la guerra contra las drogas perdió la batalla de la legitimidad. El Instituto Internacional de Estudios Estratégicos acaba de lanzar un estudio en el que afirma que no sólo fracasó en combatir el consumo y el tráfico, sino que la guerra contra las drogas “ha creado una amenaza importante contra la seguridad internacional” (Zibechi, La Jornada, 17 de abril). ¿No era ese acaso el objetivo buscado?

En drástico contraste, los procedimientos coercitivos de la guerra estadounidense contra las drogas en 40 años no han tenido virtualmente efecto alguno en el uso o el precio de las drogas en Estados Unidos, pero sí causaron estragos en todo el continente. El problema radica principalmente en Estados Unidos: tanto la demanda (de drogas) como la oferta (de armas). Los latinoamericanos somos los afectados inmediatos, pues sufrimos niveles alarmantes de violencia y corrupción, y la adicción se está extendiendo en las rutas de tránsito.

En Colombia, la guerra contra las drogas ha sido una excusa para la contrainsurgencia. La fumigación –una forma de guerra química- ha destruido cultivos y rica biodiversidad, y contribuye a desplazar a millones de campesinos pobres a los barrios urbanos, abriendo vastos territorios a la minería, la agroindustria, los ranchos y otros beneficios para los poderosos. También la estrategia ha servido, fundamentalmente para que al narcotráfico se le conceptualice de terroristas, así como a los movimientos sociales, movimientos cívicos e insurgentes en América Latina.

Estados Unidos y Colombia trabajan actualmente en actividades de formación de agentes policiales de terceros países mediante la llamada *Operación Martillo*. Una misión de Washington que coordina operaciones de la marina colombiana y la aviación estadounidenses para desarticular operaciones de organizaciones delictivas en Centroamérica.

Otros beneficiarios de la guerra contra el narcotráfico son los bancos que lavan cantidades enormes de dinero. En México, por ejemplo, los principales *cárteles* de la droga están involucrados en 80 por ciento de los sectores productivos de la economía. En Estados Unidos el lavado de dinero es desconocimiento generalizado.

El tema tabú en la agenda de la VI Cumbre de las Américas fue la soberanía de las Malvinas. Sobre el archipiélago reclamado por Buenos Aires desde su ocupación en 1833, Obama reiteró la neutralidad de Washington, pero al hablar del tema se refirió a las Maldivas como la república independiente en el Océano Índico, en pleno apoyo a Gran Bretaña, quien considera un aliado estratégico en la geopolítica en la Unión Europea.

En las Maldivas o Falklands, “nuestra posición”, afirmó Obama, “es que vamos a permanecer neutrales”, una neutralidad estratégica geopolíticamente.

El reclamo de la presidenta argentina Cristina por el olvido en la agenda del tema de las Malvinas generó una tensión diplomática y política, que enfrentó a

Colombia con Latinoamérica, una Cumbre para los latinoamericanos, señalaron varios. Tensión que había ya sentado un precedente enviando una señal en el discurso inaugural cuando el presidente colombiano Santos había señalado que América Latina tiene una circunstancias especial, tenemos unas economías mucho más sólidas, un sector financiero capaz de resistir, un sector externo mucho más pujante, con oportunidades de trabajar juntos, Canadá, EEUU, podemos generar sinergias de prosperidad, ese es el gran reto de cómo conectarnos más, por ejemplo en energía, para ser más eficientes, que generaría enormes dividendos, retos con enormes oportunidades para sacar a millones de personas de la pobreza, cerca de 40 millones de pobres, que traduzcan en mejoramiento social. Así podemos llegar a la prosperidad para todos, sin empresarios no es posible, son los que generan riqueza (You Tube, 13/04/2012). Un mensaje de cooperación de los países de América Latina dirigido a la estimulación de la inversión y participación económica y política a los Estados Unidos, Canadá y, especialmente, a los empresarios.

En esa lógica, Santos acordó con el mandatario estadounidense, Barack Obama, la adopción de un plan de acción regional de cooperación en seguridad, que se aplicará en todo el continente y en África Occidental, en respuesta “al aumento de la inseguridad generada por el crimen organizado transnacional”.

La Organización de Estados Americanos (OEA) será la entidad encargada de comenzar el estudio de las opciones a la lucha policial y militar, con información de la Organización Panamericana de la Salud y la Oficina de Naciones Unidas contra las Drogas, que lleva a cabo un seguimiento anual del fenómeno. Estrategia contraria a la demanda principal de la mayoría de los participantes de la VI Cumbre, la despenalización de las drogas, y que por esto la factibilidad de que la siguiente Cumbre que no se lleve a cabo, es muy alta.

A propuesta de México, la sexta Cumbre de las Américas aprobó por unanimidad la creación del Sistema Interamericano contra el Crimen Organizado, que quedaría integrado este mismo año, con lo cual se pretende contar con una red continental que articule las políticas y las acciones en contra de la delincuencia en toda la zona. La misión *Operación Martillo* se constituye, para el Sistema Interamericano contra el Crimen Organizado, en una estrategia ya no sólo para Centroamérica sino para Sudamérica, sobre todo cuando Estados Unidos está considerando una rebelión contra ellos mismos cuando Dilma Rousseff señala que los países de la región reclaman “relaciones entre iguales”.

Como país promotor de este nuevo mecanismo, México será la sede de las sesiones de trabajo entre expertos y encargados de seguridad y procuración de justicia en el continente. País que ha dejado de ser el líder diplomático latinoamericano de no intervención, desde Carlos Salinas de Gortari, que permitió no sólo una apertura económica más agresiva, sino también política, convirtiéndose, por el contrario, en un cercano “colaborador” de los Estados Unidos.

Además se promoverá el establecimiento de un centro que coordine la plena implementación del Plan de Acción Hemisférico contra la Delincuencia Organizada Transnacional, que coordine los esfuerzos que realizan distintos órganos en la región, en particular la Organización de Estados Americanos (OEA).

Es decir, encuentro que la principal consecuencia de la cumbre es la constatación del aislamiento de Estados Unidos y su inexistencia de políticas capaces de atraer al conjunto de la región como sucedió hasta mediados de la década de 1990.

Una razón más del deterioro de las relaciones de Washington con todo el continente, que anticipan el nuevo escenario en formación y probables cambios geopolíticos, es la posible conclusión de la OEA y la consolidación de la UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas) y la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), que excluyen a Estados Unidos y Canadá y se ajustan a las condiciones de Centroamérica y Sudamérica, en el proyecto de integración latinoamericana y donde Estados Unidos y Canadá no han constituido un proyecto de esa naturaleza.

Siguiendo la tendencia ya marcada por la UNASUR desde 2009, la CELAC se está convirtiendo en el organismo central con capacidad política de resolver la diversidad de problemas económicos, políticos, culturales, ambientales, de agua, hidrocarburos, etc., de la región y de trazar el rumbo de su soberanía latinoamericana frente a las potencias extracontinentales. Ésta es una diferencia de integración continental diferente a la de Estados Unidos y Canadá. Está, sin duda alguna, en el análisis de discusión la dirección que la integración latinoamericana está tomando y si ésta resuelva las grandes necesidades de los pueblos latinoamericanos, pero, de cualquier manera, la dirección que tomen, con todo y sus contradicciones y posicionamientos ideológicos y políticos, están situándose en una soberanía latinoamericana y se están alejando de la idea añeja de que “América era para los americanos”, en un proceso claro de descolonización.

El proceso de descolonización puede percibirse, tal

vez, en que Estados Unidos ya no es el principal socio comercial de los principales países de la región (salvo México y Colombia) en particular de Sudamérica (con un gran influencia de Brasil y Argentina), y su decreciente mercado interno ya no tiene el atractivo de antaño ni se muestra en condiciones de captar las exportaciones latinoamericanas. La tendencia es que China y el conjunto de Asia sustituyan el papel que tuvo Estados Unidos desde principios del siglo XX hasta la crisis de 2008 como aliado comercial, y político, decisivo. Los hoy llamados países y economías emergentes, los BRICS, están jugando una relación de influencia preponderantemente de política económica, de desequilibrio para Estados Unidos en América Latina.

Ello puede observarse con algunos datos. Hasta 2005 Estados Unidos compraba 1.5 millones de barriles diarios a Venezuela, cifra que cayó en 2011 a menos de un millón, por la tensión e intervención que ha mantenido en Venezuela. Por el contrario, las exportaciones venezolanas a China, que eran casi inexistentes en 2005, treparon a casi medio millón de barriles diarios en 2011 (*Geab* No. 60, 12/2011). Sin embargo, estaría muy lejos de pensarse que es una simple sustitución de mercados, un cambio de relaciones comerciales y políticas. No es una simple lógica de libre competencia sino de geopolítica, y China está preparando para ser una potencia central en los siguientes años.

La crisis generada en 2008 en Estados Unidos y la crisis actual en la Unión Europea, están constituyendo claras manifestaciones de agotamiento de un modelo económico liberal y tienden a ser desplazados como los principales inversionistas en América Latina. Por el contrario, China, la segunda potencia económica mundial, se está constituyendo en el principal inversor, por ejemplo en Venezuela, reserva mundial de petróleo, tercera de bauxita, cuarta reserva de oro, en sexta posición en gas natural y décima reserva de hierro en el mundo. Asimismo, China cuenta también con fuertes inversiones en Argentina y Brasil, las dos mayores economías suramericanas.

La segunda petrolera china, Sinopec, estaba interesada en comprar la parte de Repsol en YPF por 15 mil millones de dólares antes de la estatización decidida por el gobierno de Cristina Fernández (*Financial Times*, 18/04/2012). Ahora puede ampliar sus inversiones en Argentina, donde es responsable de 6 por ciento de la oferta de crudo y de 1.7 por ciento de la de gas.

La región tiene también capacidades endógenas de inversión. El mejor ejemplo es el anuncio de la inversión de 16 mil millones de dólares por tres empresas brasileñas

(Petrobras, Odebrecht y Braskem) en Perú, para extraer gas en Camisea, construir un gasoducto de más de mil kilómetros hacia el sur y un polo petroquímico en la ciudad portuaria de Ilo, el primero de la costa del Pacífico.

La misión *Operación Martillo*, como estrategia de intervención militar en América Latina es producto de la pérdida de influencia de Estados Unidos en la región, ya no es el único aliado militar. Venezuela mantiene una sólida alianza con Rusia, Brasil tiene acuerdos de cooperación con India en aeronáutica y con China en la industria espacial. Pero lo más notable es la progresiva integración de las industrias militares de la región, o sea el acople de los países suramericanos con la creciente industria militar brasileña.

El caso más notable es la alianza estratégica entre Brasil y Argentina, que se traduce en el desarrollo conjunto de blindados, un carguero militar que sustituirá a los Hércules, el desarrollo de misiles aire-aire que Brasil trabaja con África del Sur, y aviones no tripulados para vigilancia de fronteras. Ambos países conforman una masa crítica capaz de arrastrar a los demás para poner en pie una industria militar regional autónoma del norte (Zibechi, *La Jornada*, 28/04/2012).

¿Estamos, realmente, ante un proceso de descolonización? La respuesta puede ser afirmativa, con tiento, mesurada, es un proceso de descolonización gradual en algunos países, principalmente en Sudamérica, en algunos sectores estratégicos, en autonomías económicas y soberanías políticas, un proceso que parece irreversible.